

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 6 trm. Extranjero ptas. 9 trm.

Redacción, Administración y Talleres

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escadillera Blanche, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

DOLOR DE CABEZA desaparece con la Hemioranina Caldeiro en 5 minutos. Rambla Flores, 4. Pelajo, 8, y farmacias. 3 pesetas caja

MAL ORINA LAS SALES KOCH
Curan sin **SONDAR** ni **OPERAR** todos los males de la **URETRA**,
= DE =

PROSTATA, VEJIGA y RIÑONES. Dilatan las **ESTRECHECES**, curan el **CATARRO** de la **VEJIGA**, calman al momento los horribles dolores al orinar, disminuyen el deseo frecuente y limpia la orina de posos blancos, purulentos ó de sangre. Los **flujos** crónicos se cortan sin peligro. A 7 ptas. en Barcelona: Segalá, Vidal y Ribas, V. Ferrer, Busquets, Alsina, Serra y otros. En Reus: Farmacia Serra.

Crónica diaria.

Ayer tarde en el muelle de Barcelona riñeron Mateo Cuyés, de 43 años, y Juan Díaz Herrero, de 28, dando éste a aquel un garrotazo que le produjo una contusión de pronóstico reservado en la frente.

El paciente fué asistido en la Casa de Socorro del Paseo de Colón y el agresor fué detenido.

En su domicilio social celebraron asamblea los obreros en arcos de caudales y básculas.

La reunión tuvo por objeto dar cuenta del curso de la huelga que sostienen los del oficio.

Entienden los obreros que para ellos representa un triunfo que los patronos hayan abierto sus talleres y no haya acudido un solo obrero.

Acordaron persistir en la huelga.

Continuaron ayer con extraordinaria animación los festejos organizados en el barrio de la Salud con motivo de la fiesta mayor.

A las nueve de la mañana efectuóse el reparto de bonos a los pobres de la barriada.

A las diez y media de la mañana efectuóse el anunciado concurso de tiro en el polígono del Parque de la Salud. Por la tarde, a las tres y media, continuó el concurso *lawn-tennis*, partidos finales del organizados por el Salud Sport Club. A las cuatro y media tocáronse sardanas en la plaza de la Cruz, con cucanás, elevación de globos y otras diversiones. A las cinco empezó un lucido baile de Sociedad en el entoldado y a las diez de la noche dióse comienzo a otro baile que se vió extraordinariamente concurrido, vistiendo las señoritas elegantísimas *toilettes*.

En Orihuela ha dado principio la recolección del pimientó, cuya cosecha es poco abundante este año a causa de haberse perdido una gran parte por falta de riego. Las primeras partidas de este producto presentadas en el mercado se han pagado a 11 pesetas la arroba de 12 kilos y medio.

Se ha publicado una real orden estableciendo condiciones para la importación de vides americanas a nuestra Península, por la cual se dispone que las expediciones deban ir acompañadas de un certificado del servicio fitopatológico correspondiente, en el que se haga constar que las plantas proceden de comarca donde no existe el «blacrot» y de viveros sometidos a inspección anual verificada por los inspectores del servicio fitopatológico.

Telegramas detenidos en la Central de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Binéfar, Paquita Bassa, Escolena 1.ª, 3.ª, Palma, Pepita Batista, San Miguel, plaza Sol; Algemesi, Diego Llorans. San Joaquín, Francia Chica; Solsona, Tounara, Paseo Gracia, 76, bajo; Biarritz, Liebe, pasaje Baños; Eisemberg, Benigno Ga eira, sin; Monovar. José Carreras, lista Portbou, Francisco Febrer, San José 30, tienda; Játiva, Manuel Roura, plaza del Teatro 5.ª; Coruña, Casalo, Gerona, 55; Argenta, Raymond, Lauria, 16; Lérida, Juan Galobar, San Martín de Provencals, Torelló, Mercedes Peral, Encarnación, 38.

Bolsín mañana

Interior, 79'97 operaciones; Nortes, 101'00 operaciones; Alicante, 97'30 dinero; Mejicanos, 17'85 dinero; Andaluces, 70'70 papel.

Noticia de los fallecidos el día 6 de Septiembre de 1913.

Casados, 8. Viudos, 0. Solteros, 4. Niños, 12. Abortos, 00. — Nacidos { Varones, 9.
Casadas, 7. Viudas, 1. Solteras, 1. Niñas, 10. } Hembras, 20.

El melón del desierto.

En las regiones desiertas del Africa alemana del Sudoeste, y más especialmente en el territorio de la bahía de la Ballena, existe una planta utilísima para las miserables tribus que habitan aquellas comarcas.

El «narrah» es una cucurbitácea; pero, contra lo que ocurre con todas las demás plantas de dicha familia, ésta no tiene hojas.

Para hablar con más exactitud, en su tallo se forman hojas; pero apenas aparecen se secan, se caen y son reemplazadas por largas espinas muy agudas y muy resistentes, que brotan siempre en parejas. Estas espinas protegen eficazmente los frutos contra los ataques de los mamíferos y de las aves, y los dejan a la disposición de los hombres que saben cogerlos sin pincharse.

El fruto de la mencionada planta contiene materias eminentemente nutritivas y constituye el único recurso de numerosos nómadas

que estarían condenados a morir de hambre si les faltase la cosecha por una causa o por otra.

Las raíces de la planta, muy semejantes a las de la zarza, se hunden profundamente a través de las dunas de arena hasta que encuentran el suelo húmedo, el cual se halla a veces a 20 metros de profundidad.

La ausencia de hojas es otra prueba de la maravillosa adaptación del «narrah» al terreno. Como allí se desencadenan frecuentemente terribles tempestades de arena, si tuviera hojas se cargarían de una masa considerable y harían el efecto de grapas, prolongando el entierro de la planta, la cual florecería muy pronto. Libre de esta impedimenta, el tallo enterrado busca solidos a través de las dunas y no tarda en reconquistar su puesto al aire libre, donde puede recibir los rayos del sol.

La muñeca.

—Anita Valet, trece años, vivo en el pasaje de la calle de los Angeles, allá a lo último. Aseguro a usted que no miento, señor comisario. Dicen que represento quince, ya lo sé, pero cumpliré los trece el día de Todos los Santos. Estoy muy alta, en cierto. Además, las penas envejecen, la envejecen a uno mucho. Desde que murió mi mamá, la primavera pasada, no ceso de trabajar un momento, de coser, de fregar, de limpiar la casa y de andar mucho por la calle. Blanca, mi hermana, que es muy formalita, me ayuda cuando sale de la escuela. Félix, mi hermanito, también es buen muchacho y la maestra de la Maternidad está contenta de él. Pero Manolito, el más pequeño, me ocupa, en cambio, desde la mañana hasta la noche. Como apenas tiene dos años... ¡Y es tan listo y tan travieso!... Y que no hay que meterle los dedos en la boca para hacerle hablar. ¡Tiene unas ocurrencias!

Me quiere mucho y no hace caso más que a su mamita, que es como me llama. Papá no puede conseguir que le obedezca. Le tengo todo el santo día pegado a las faldas. Si le regaño, se pone de rodillas; si me ve llorar, empieza a hacer pucheros. Andaría de cabeza si se lo mandase.

—Sí, ya lo sé, señor comisario; me han cogido cometiendo la falta, no lo niego. El policía le ha dicho la verdad; pero dejeme usted explicarle qué es lo que me ha obligado a hacer lo que he hecho. Así tal vez sea usted menos severo conmigo y... Dispénsame que lllore delante de usted, pero no puedo remediarlo; es cosa superior a mis fuerzas... Si mi papá llega a saber lo que he hecho, estoy segura de que me mata.

Papá no es malo. En vida de mamá era muy bueno para todos nosotros. Pero después ya fue otra cosa; le dio por beber. Cuando sale de la panadería se mete en la taberna de al lado; después de almorzar vuelve allí otra vez y a la noche, cuando ha concluido de trabajar, va otra vez a jugar a la malilla. Debe haber sido la pena la que le ha vuelto así. He probado varias veces de impedirlo, yendo a buscarle a la salida del trabajo. Al principio pude hacerle ir a casa algunas veces; pero después ya no quiso hacerme caso y casi llegó a pegarme. Todas las semanas su amo le da cuarenta y nueve francos, porque, eso sí, es un buen oficial; me da vein-

te y lo demás se lo gasta en vino y en tabaco. Lo que más me apura es que ha contraído deudas en las tiendas del barrio. Lo sape la semana pasada.

En fin, es una suerte que papá sea panadero, pues el pan no nos falta nunca; con las dos libras que lleva a casa tenemos lo suficiente. Yo voy al almacén de los pobres los martes y los sábados; pero lo que más me cuesta son los comestibles y la leche. Hasta aquí hemos ido arreglándonos con los trajes que nos dejó mamá y yo voy remendando.

—Sí, señor comisario, voy a contárselo todo. Esta noche, después de cenar, cuando Blanca y Félix estaban ya acostados, desnudé a Manolito. Tenemos dos habitaciones: en una duerme papá con mi hermana y hermanito, y Manolín y yo dormimos en el corredor; yo quiero estar cerca de él por si despierta durante la noche, diciéndome: «Mamita, quiero leche». Le doy una teta templada y vuelve a dormirse enseguida.

Bueno; cuando ya le hube desnudado Manolín cogió uno de sus zapatitos y lo puso junto a la ventana, con una cara tan seria y tan convencido de lo que hacía, que era cosa de morirse de risa. Después se colgó a mi cuello, como de costumbre, me dio un par de besos y me dijo:

—Buenas noches, mamita... ¿Sabes que esta noche vendrán los Reyes Magos por la ventana y dejarán un paquete en el zapato de Manolín?

Yo me quedé con la boca abierta. Ya ve usted, una criatura de dos años... Y es que algunas veces le dejo jugar con unas niñas de la vecindad algo mayores que él y ellas se lo habrán dicho; no puede ser otra cosa.

Le acosté; le volví a besar y vi que estaba muy contento. Entonces se me saltaron las lágrimas porque yo no podía comprarle el juguete de Reyes. Papá no cobra hasta el miércoles por la tarde y no había ni un céntimo en casa. Me cogió desprevenida. Si el día de Reyes hubiese caído este año en cualquier otro día de la semana, yo no me hubiese apurado. Toda la desgracia ha consistido en esto, señor comisario.

Estuve una hora pensando, pensando. Me ardía la cabeza. Corrí a la taberna; papá acababa de salir. Fui a la taberna y esperé veinte minutos. Cuando salió le llamé apart

y le expliqué la cosa en voz baja. Aquel día debía de haber bebido mucho, pues nunca le he visto tan incomodado, y gracias a que eché a correr, si no me hubiese pegado.

Entonces me dirigí a la calle donde están las tiendas de juguetes... sin saber qué hacer. Iba llorando y las gentes que pasaban volvían la cabeza para mirarme. Tuve que contentarme varias veces para no pedirles una limosna. Tal vez algunos de ellos me la hubiesen dado, pues todo el mundo iba contento... Pero eso de pedir limosna debe ser una costumbre muy difícil de adquirir... No me atreví a hacerlo... ¡Y a pesar de eso, poco después me atreví a hacer una cosa mucho peor!

—Sí, señor comisario cuando me rondando alrededor de las jugueterías desde las diez hasta las doce de la noche. Empezó a nevar y tenía los pies como el granizo. Había muchísima gente. Me empujaban continuamente y me daban pisotones y codazos, pero yo no me acobardaba y no hacía más que mirar las muñecas. La más cara estaba vestida de raso y encajes, valía cuatro francos y medio, pero yo, como puede usted figurarse, sólo me había fijado en la más barata, que costaba un franco nada más. Es la que yo hubiese querido para Manolín. Me figuraba la cara de alegría que pondría al despertarse. Era una locura. ¡Pobrecillo! Mañana no tendrá a su mamita para vestirle... si usted me encierra aquí, como me ha dicho el policía.

Le juré a usted que es la primera vez que hago una cosa así.

Me acuerdo de que una señora muy elegante bajó de su coche, escogió muchos juguetes, con los que hizo un gran envoltorio para meterlo en su coche. Me abrí paso entre la gente y corrí hacia ella para contarle lo que me pasaba y suplicarle, como se suplica a la Virgen y a los santos.

—Señora! ¡Por piedad!

Pero llegué tarde, ya había cerrado la portezuela.

Llorando volví al sitio donde estaban las muñecas... Y no puedo darme cuenta de lo que pasó por mí... El zapatito de Manolín se puso ante mis ojos... Perdí la cabeza... Cogí el juguete, lo escondí bien en las faldas y corrí como loca, sin sentir el temor ni la vergüenza de una ladrona. Sólo oía la voz de Manolín al despertar, que me decía:

Mamita! Mamita!

¡Dios mío, qué contento se hubiese puesto!

—Toma — le interrumpió el comisario —, aquí tienes diez francos para comprar juguetes a tus hermanitos y llévate la muñeca de Manolín. Pero prométeme que serás honrada y buena siempre.

—Oh, señor comisario! Puede estar bien seguro de ello... Honrada y trabajadora, eso es lo que me recomendó mamá antes de morir... Y, sin embargo, por un momento no lo fui... Pero lo seré en adelante. ¡Gracias, señor comisario, gracias con toda mi alma!

¡Pobre Manolín, qué contento se pondrá!

¿Quién inventó el papel moneda?

El historiador español Antonio Agapida refiere que el conde de Tendilla, hallándose sitiado por los moros en Alhama, llegó a verse privado de oro y plata con que pagar a sus soldados, quienes empezaban a murmurar, faltándoles con que comprar lo necesario a los habitantes del pueblo. En este dilema, dice dicho historiador, ¿qué hace este comandante? Corta una porción de pedacitos de papel y en cada uno de ellos escribe una cierta suma, grande en unos y pequeña en otros, que garantiza con la firma de su nombre y apellido escrito de su propio puño.

Esos papelitos los repartió entre sus soldados en pago de sus servicios, promulgando una orden obligando a sus habitantes a reci-

bir este papel por el valor total en el escrito, amenazando con severo castigo a los que no lo tomasen y prometiendo cambiarlo después en oro o plata. Y he aquí cómo por una sutil alquimia convirtió este caballero el despreciable papel en precioso oro e hizo nadar en riquezas a su poco antes necesitada guarnición.

El historiador norteamericano Washington Irving, autor de varios notables libros referentes a España, añade que el conde de Tendilla cumplió su promesa como caballero leal y fué el referido el primer ejemplar que se puede citar del papel moneda, que desde entonces ha inundado el mundo civilizado.

—Como! Genoveva no es la verdadera madre de Odette!—exclamó Sofía cuando el doctor hubo acabado su relato—. Ahora comprendo. La miserable necesitaba la seguridad de que en caso de muerte de su marido ella no perdería la fortuna de los Mericourt, objeto de todas sus miras. ¡Oh, en esta acción la reconozco! ¡Pobre Magdalena! ¡Cuánto ha debido sufrir desde el nacimiento de su hija! La compadezco con todo mi corazón; pero me satisface muchísimo lo que usted me dice. Odette no tiene nada de común con ese monstruo que se llama Genoveva de Mericourt. Tanto mejor. Porque a veces yo me preguntaba con dolor si Odette con el tiempo no se parecería en algo a su madre.

—Y qué opina usted respecto a la desaparición de mi prometida?—preguntó el doctor con ansiedad.

—Opino como Magdalena Remy. Genoveva se ha apoderado de su hija porque conociendo el profundo cariño que la tiene el coronel de Mericourt, piensa servirse de este afecto para obtener de él lo que quiera. Es el más repugnante *chantage*; pero de esa mujer no debe sorprendernos nada.

—¡Si yo estuviese seguro de que era esto solo lo que había que temer!—suspiró Hautefort, incrédulo.

—De todas maneras, no se quiere la vida de Odette; eso puede afirmarse. Consuélese usted, amigo mío, la encontraremos pronto, yo se lo certifico. Voy enseguida a ocuparme de esa pobre niña. El mozo de cuerda es un cómplice de Aspremonte si ese rapto, como usted supone, es obra de la condesa de Mericourt. Es posible también que su prometida no haya dejado París.

—¡Ah—gritó Felipe—, yo removería la villa entera, piedra por piedra, para encontrarla!

—Mi primo, el conde de Borsky, nos será un precioso auxiliar en las presentes circunstancias—agregó Sofía—; pero, por desgracia, hoy está ausente. No podré verle hasta mañana. Pero mañana mismo nos pondremos en campaña. El debe saber dónde está Aspremonte, porque el bribón debía tenerle al corriente de sus trabajos.

—No puedo creer que la señora de Mericourt sea la autora del rapto de su hija—decía en voz alta el doctor—. La miserable tenía otras cosas en que ocuparse.

—Pronto lo sabremos.

—¡Oh, yo no puedo permanecer inactivo!—gritó el desgraciado, verdaderamente exasperado por el dolor—. ¡Y aquella pobre madre que se lamenta!

—¡Ay, sí, es terrible, amigo mío! Pero ¿qué hacer? Yo se lo pregunto.

—Aconséjeme, déme una idea. Me volveré loco, señora, con todo lo que pienso. Ya veo a mi prometida ensangrentada, desfigurada o... No es demasiado espantoso esto, no quiero pensarlo.

—Pues bien, amigo mío, utilice su impaciencia. Vaya a todas las estaciones, infórmese, dé las señas de la joven. Quizás el mozo de cuerda haya sido un instrumento inconsciente en este asunto. Vaya a la esquina de la

calle de Miromesnil, donde él decía tener su silla. Pueden haberse servido de él para atraer mejor a Odette sin que ella sospechase nada... En este caso encontrará usted a ese hombre. ¡Busque! Haga lo que su corazón le dicte.

—Tiene usted razón, señora. Pero, previsto el regreso inmediato del coronel de Mericourt, he dicho a Magdalena Remy que me encontraría aquí.

—No se inquiete por esto, amigo mío. Yo recibiré al coronel y tendré una explicación con él. Le he de revelar la participación que he tenido en la fuga de su esposa. Vamos, querido amigo, márchese porque le veo impaciente y me parecería un crimen retenerle más tiempo a mi lado. Yo, mientras aguardo al conde de Mericourt, voy a escribir a mi primo para que venga a verme en cuanto regrese a París. Puede usted volver esta noche aquí a darme cuenta de sus pesquisas. Tanto mejor si éstas dan un resultado satisfactorio. El coronel dirá si quiere enterar a la policía de este delicado asunto. En caso afirmativo, la policía trabajará por su lado y nosotros por el nuestro.

El doctor Hautefort dejó a la princesa después de besarle la mano. La noche había llegado, porque en esta estación los días son muy cortos y a las cuatro de la tarde comienza a oscurecer.

Sofía encendió la luz eléctrica y, sentándose a su escritorio, comenzó la carta destinada al conde Miguel de Borsky.

Apenas había acabado de escribir cuando el coronel de Mericourt entró en la pieza precedido de un criado.

De una mirada la princesa se hizo cargo de la desesperación del pobre hombre.

¡Qué tristeza la de sus facciones!

El conde saludó maquinalmente a la joven y después miró a su alrededor, sorprendido de encontrarse solo con la viuda de Ivan.

—Yo creí que el doctor Hautefort estaba aquí—dijo el coronel penosamente—. Me lo han dicho en mi casa y yo venía...

El doctor Hautefort hace un rato que se ha ido, después de prometerle yo que aguardaría a usted.

Alberto se dejó caer penosamente en un asiento.

—¡Ah!—exclamó—No puedo más, no puedo más. Esta catástrofe tan brusca me ha producido el efecto de un mazazo en la cabeza. ¡Mi mujer... mi hija... desaparecidas... cuando yo estaba tranquilo, cuando me sentía tan dichoso!...

—Coronel, valor, sangre fría sobre todo. Ya las encontraremos, se lo prometo.

—¡Oh!—dijo vivamente Alberto—. Yo no siento más que la desaparición de mi hija. La conducta de la señora de Mericourt justifica mis sentimientos respecto de ella. Que obre como le plazca. Ha muerto para mí... y no quiero verla más... Es a mi hija a quien lloro, princesa, a mi pobre y querida Odette... ¡Ah! ¡Daría los días que me quedan de vida para encontrarla una y salva!

—Este deseo se realizará muy pronto, querido coronel, espere. Usted sabe que me tiene a su disposición.

—Tengo la cabeza trastornada... me vuelvo loco.

Alberto se puso en pie y agregó:

—Puesto que el doctor Hautefort no está aquí, permíname, princesa, que me retire. Quizás me aguarde en el hotel y tenga noticias que darme.

—Quédese, se lo ruego. El doctor Hautefort se halla en este momento haciendo pesquisas. Ha de venir a comunicarme el resultado de sus gestiones esta misma noche. Aguárdele aquí. ¿Qué haría usted solo en su casa? Permanezca a mi lado... Primero hemos de hablar los dos.

—¡Ay, señora, permíname! Pero me es imposible distraer ni un solo instante mi pensamiento de la desgracia que lamento. Yo soy, pues, incapaz de sostener la menor conversación.

—Y, sin embargo, coronel, usted debe escucharme. Una explicación entre nosotros es necesaria, absolutamente necesaria. Ha llegado el día de que usted sepa quién soy yo y lo que hago. Sin embargo, ante todo debo decirle que soy su amiga devota. Además, he prometido al doctor Hautefort buscar yo misma a la señorita de Mericourt. Yo estoy segura de que con la ayuda de mi primo Miguel Borsky lograré devolverle pronto su hija. Tenga usted, pues, un poco de calma, tenga ánimo... ¡Espere!

—Sí—murmuró el pobre hombre muy emocionado—, sí, señora, usted es buena y yo le estoy sumamente agradecido.

—¡Buena!—repitió Sofía con una enigmática sonrisa—. ¡Buena! He ahí una palabra muy aventurada, coronel, y si usted me conociera mejor, quizás no la pronunciaría, no se expresaría de este modo.

—No la comprendo, señora. Le ruego que se explique mejor.

—Gustosa, porque hoy voy a quitarme el antifaz y a mostrarme tal cual soy. En primer lugar, le he de decir que no debe preocuparse por su hija, que no corre peligro alguno. El doctor Hautefort sustenta mi misma opinión. Yo estoy segura que conoceremos pronto el paradero de Odette. Creo inútil enterar a la policía de este asunto. Con mis recursos personales y la actividad que usted y el señor Hautefort desplegarán tendremos bastante. Se trata de un drama íntimo que no debe ser divulgado, que el público debe ignorar.

—Pienso como usted, señora.

—Pues bien; como mientras que el doctor está en campaña las pesquisas de usted serían vanas, tenga la bondad de escucharme. A esta hora aun somos amigos; dentro de pocos instantes quizás, después de las revelaciones que voy a hacerle, seremos enemigos.

—¿Enemigos nosotros? ¡Jamás!—gritó el conde con vehemencia.

—Lo deseo sinceramente, coronel. Pero volvamos a los hechos y no tome las preguntas que voy a hacerle como mera curiosidad. ¿Ha sido Magdalena Remy la que a la llegada de usted le ha enterado de lo ocurrido?

—Sí, ella; pero después he visto que mi esposa antes de fugarse me

había robado una suma considerable que guardaba en mi arca de caudales. De este robo he deducido que su fuga había sido premeditada y que además la miserable no ha partido sola. Sin embargo, si no fuera por temor al escándalo, yo estaría satisfecho de esa fuga, lo confieso en voz alta. Hacía tiempo que la señora de Mericourt se me había revelado tal cual es y en la actualidad nos inspirábamos mutua indiferencia. Esta acción que la miserable acaba de cometer revela más que nada su bajeza de alma. Genoveva ha muerto para mí, lo repito, y sólo deseo una cosa: no oír hablar de esa mujer, que ahora me es odiosa. Pero mi hija, ¡ay! es diferente. Odette es, no me atrevo a decirlo, mi único afecto, por que desde que la conozco a usted la profeso una amistad muy viva; pero sí, mi hija única es mi esperanza, mi vida. Le debo las únicas horas tranquilas de mi existencia; le debo mis únicos momentos de alegría pura. Mi hija lo es todo para mí, señora; mi sol, mi dicha, mi esperanza. Si la pierdo, ¿qué será de mí?

—Afortunadamente esto no ha de ocurrir— afirmó la princesa.

—Sin embargo, su ausencia no es voluntaria; mi hija ha caído en un lazo. ¿Qué será de ella a estas horas? ¿Qué quieren de Odette los miserables que la han raptado?

—¿Magdalena no le ha dicho?

—Princesa, yo la he escuchado no sé cómo. La pobre mujer hablaba entre sollozos y yo no he entendido más que una sola cosa: que mi esposa y mi hija no estaban ya en mi casa. Por parte de Genoveva se trataba de una fuga; por la de Odette de un rapto. En mi profunda desgracia he pensado enseguida en Felipe Hautefort y Magdalena entonces me ha dicho que le encontraría en su casa de usted. Me he apresurado a venir y usted ya sabe el resto.

Sofía se levantó, miró fijamente al coronel y le dijo:

—¿Qué pensaría usted, conde, si yo le afirmase que soy yo la causa principal de las desgracias que sufre?

—¿Usted?—respondió Alberto con incredulidad—. ¿Por qué había usted de hacerlo?

Pero de repente recordó la conversación que poco tiempo antes había tenido con Sofía en el invernadero del hotel de Mericourt, las uvas, el proverbio árabe y lo que la princesa le había respondido.

—¡Oh! balbuceó a media voz—. Yo había olvidado... Y, sin embargo, en aquel momento sentí el corazón oprimido, tuve el presentimiento de que por usted yo tenía que sufrir mucho.

—Usted, no, ¡jamás!—replicó vivamente la viuda de Ivan—. Yo no tengo contra usted ningún resentimiento, esté usted seguro, conde. Pero no puedo decir lo mismo respecto de su esposa.

—¿Y mi hija? ¿Qué le ha hecho mi hija?—gritó entonces el desgraciado padre.

—Odette es una niña encantadora a la que profeso un grande afecto.

Alberto se apretaba la cabeza con ambas manos.

—¡Me vuelvo loco! ¡Me vuelvo loco!—exclamó—. Yo no sé ya dónde estoy, ni lo que hago, ni lo que me sucede. Es preciso que usted me explique...

—Nada más fácil—dijo Sofia—. He aquí en breves palabras todo lo que usted ha de saber. Soy yo la causa de la desaparición de la señora de Mericourt. El marqués de Aspremonte, a quien ella adora, le ha inducido a la fuga por orden mía, porque yo tenía que vengarme de su esposa...

—¡Pero mi hija, mi hija!—repitió el pobre hombre completamente desorientado.

—Yo no he tomado ninguna parte en su rapto, se lo juro, coronel. Le juro también que ignoraba su desaparición; me ha enterado de ella el doctor Hautefort—continuó Sofia—. Este hecho es para mí inexplicable, a menos que tenga razón Magdalena Remy al afirmar que la señora de Mericourt se ha quedado con Odette en rehenes... para que usted ceda a todas sus exigencias interesadas.

—¡Es muy capaz! Pero, princesa, ¿cómo sabe usted estas cosas?

—Ya le he dicho antes que hoy era día de explicaciones, coronel. Voy a contarle una historia muy triste. Es la novela de una pobre joven que usted compadecerá. Hace mucho tiempo, mi querido conde, más de diez y ocho años, vivían juntas dos primas. La una era honrada y buena; la otra poseía el alma más perversa que se puede usted imaginar. Como reconocimiento por los beneficios de que la colmaban los padres de su prima y su prima misma, la malvada criatura no soñaba más que en perjudicar a aquella pobre gente. Un día la joven buena, yo la llamaré Marta, se puso en relaciones con un oficial del Ejército a quien ella amaba como se ama a los veinte años. La malvada prima, a la que puede usted llamarla Genoveva, sentía celos, no por amor, sino por envidia, y se propuso robarle el novio a la hija de sus bienhechores. Y para conseguirlo no retrocedió ante el crimen. Esto pasaba en la época de la *Commune*. Genoveva cogió el fusil de su tío, un inofensivo guardia nacional, y disparó sobre los soldados encargados de reprimir la insurrección. Después se ocultó, no se sabe dónde, mientras los soldados se apoderaban de Marta y la conducían al suplicio. Se la fusiló...

—¡Basta! ¡Basta!—gritó el coronel trastornado y con las manos tendidas hacia la joven—. ¡Basta, Marta! ¡No me había, pues, engañado mi corazón, que la reconoció a usted desde el primer instante!

—En efecto—confesó la princesa—, yo soy la víctima de Genoveva; yo soy la desgraciada a quien ella sin remordimientos llevó a la desesperación. Y en cambio de los beneficios recibidos abandonó a mi madre, dejándola entre las manos de un Bouffard, de un ladrón que la despojó de todo, dejándola morir en una miseria espantosa. Sí, Alberto, sí; yo soy Marta, su ex novia. He padecido diez años de deportación, y mientras que yo sufría el martirio usted se casaba con Genoveva. ¡Ah, qué pronto me olvidó usted, Alberto!

—¡Marta, Marta! ¡Yo arriesgué mi vida por salvar la de usted, y esto debería probarle que yo la amaba sinceramente!

—Sí—murmuró Sofía emocionada—, lo recuerdo y por ello le perdono después su olvido.

—Yo la amaba, Marta—repitió el coronel con energía—, pero esa infernal Genoveva juró que usted era culpable, que si bien había usted obrado en un momento de locura provocada por la herida de su padre, también era cierto que había disparado contra los versalleses. La miserable afirmaba también que la había visto a usted disparar. Genoveva ¡oh, princesa, perdóneme! Genoveva hablaba con una elocuencia tal, que mi madre y yo acabamos por dejarnos convencer. ¿Cómo suponer que la miserable fuese lo bastante infame para forjar tal calumnia?... Yo la compadecía a usted con todo mi corazón; pero estaba tan convencido de su culpabilidad, que a quien me hubiese afirmado su inocencia le habría respondido: «No; Marta Vallauris, aunque su acción es disculpable, tiene un crimen sobre su conciencia.» ¡Ah! Comprendo el horrible cálculo de Genoveva. Cuando la encontré en Orleans, yo estaba en la convalecencia... me hallaba débil, y después su belleza—puedo confesarla hoy, Marta, que yo la seguía amando a usted, su belleza me impresionaba mucho. Ella representó la comedia de la pasión, fingió ante mi tío, fingió ante mi madre y acabé por casarme...

—¿Y de mi pobre madre no se ocupó usted, Alberto?

—Sí, princesa; pero Genoveva nos afirmó que la señora de Vallauris estaba loca y que acababa sus días en un manicomio. Mi madre y yo queríamos verla; pero Genoveva nos lo impidió, dando varias razones que nos parecían plausibles. Y algunos meses después de nuestro matrimonio mi esposa me anunció la muerte de la señora Vallauris.

—¡Ah, la miserable! ¡La miserable!—exclamó Marta—. Mi madre, Alberto, ¡murió de hambre!

—¿De hambre!

—Sí, de hambre, porque el cuñado de mi querida madre, el bribón de Bouffard, la robó hasta el último céntimo. ¡Y Genoveva, para justificar su abandono, le contó que mi madre estaba loca!... ¡Ah! ¡Qué monstruo!

—¿Pero qué ha sido de usted, señora, después de su injusta condena? ¿Por qué milagro ha tenido usted este prodigioso destino?

—Quizás porque he sufrido mucho injustamente—respondió Sofía con melancolía—. Después de la amnistía, que me devolvió la libertad, encontré un hombre de corazón tierno y magnánimo que se compadeció de mí, que me miró como a una hermana... y que ha muerto antes de que yo pudiera pagarle la deuda de reconocimiento que con él había contraído. Si él hubiese vivido, Alberto, quizás no habría usted oído hablar más de mí. Yo habría permanecido al lado de mi esposo, me habría consagrado únicamente a su dicha y habría olvidado el juramento de venganza que hice sobre la tumba de mis infortunados padres. Pero él murió atacado por la tisis y me dejó libre y rica, tan rica, que aun no sé cuál es la cantidad que poseo. He dado mucho, todo lo que me ha sido posible; pero esa riqueza, puesto que Ivan Qutsinoff había muerto, debía servirme para castigar a los infames que me

han llevado a los límites de la desesperación. Durante diez años, coronel, he llorado, he llorado tanto, que creí haber agotado todas mis lágrimas. Me sufrido como ninguna criatura humana; abandono, miseria, injusticia. Mis compañeras de deportación me llamaban «la linda petrolera» y me confundían con las ramerías condenadas conmigo, que se burlaban de lo que llamaban mis aires de santa. ¡Cuántas noches he pasado sin dormir, pensando en mi padre, que había dejado agonizante; en mi adorada madre, tan buena, tan tierna, cuyo triste fin yo presentía... ¿Cree usted que me habría sido posible pensar en otra cosa que en mi venganza? ¿En mi lugar no habría usted hecho lo mismo, Alberto? ¿No habría usted maldecido hasta en sus descendientes a los miserables que le habían precipitado en el abismo? ¡Oh, sí, cien veces, mil veces he repetido mi maldición! ¿Cree usted que he lo rado mal?

— ¡Ay! Tiene usted razón, señora. ¡Quién sabe a qué extremos me habría impulsado a mí el odio.

— Mi prima es una serpiente. Jamás ha cesado de hacer daño. En cuanto al barón de Bouffard, cuya conciencia está cargada de continuos robos, me jacto de haberle arruinado. A Genoveva, por usted y por Odette no la he castigado con más crueldad. El miserable con quien ella ha huido la reducirá pronto a la miseria; pero ¿qué es la miseria y el abandono comparados con las torturas que me ha hecho sufrir?

— ¡Es verdad, es verdad! — decía Alberto —. Usted no ha hecho más que ejercitar un derecho.

— Ahora se ha desembarazado usted de ella — continuó la princesa — y cuando hayamos encontrado a Odette, usted será completamente dichoso. Así, pues, resulta que le he prestado un servicio, tanto más cuanto la fuga de Genoveva le ha revelado una nueva infamia de esa miserable criatura.

— ¿Qué otra cosa hay?

— Lo que voy a decirle, mi pobre amigo, es lo más doloroso de todo. Armese de valor, sea fuerte en la adversidad.

— Yo me pregunto — dijo tristemente el conde de Mericourt — qué pena más grande que la desaparición de mi hija se me puede infligir.

— Justamente se trata de la joven. Magdalena Remy no le ha insinuado nada?

— No, al menos yo no lo he notado.

— Viéndole ya tan afligido no se habrá atrevido a hacerlo.

— Le ruego que se explique, princesa; estoy sobre ascuas.

— Pues bien, escúcheme. De todos modos era preciso que un día u otro usted supiese la verdad. Genoveva, usted lo sabe, tenía un deseo insaciable de lujo y de riquezas. Este deseo, después de su matrimonio, estaba realizado momentáneamente; pero una mujer como ella no se encuentra satisfecha más que con seguridades positivas. La seguridad mejor para mi prima era el nacimiento de un niño que heredase la fortuna de los Mericourt en el caso de que usted muriese antes que ella. Pero Genoveva adquirió la certi-

LA SPOLETTA

dambre absoluta de que no podía ser madre. Su constitución física se oponía de una manera formal.

Alberto se puso en pie horriblemente pálido.

Las piernas le flaqueaban, un temblor convulso sacudía sus manos frías.

El desgraciado se apoyó en el respaldo de un sillón antiguo y balbuceó con voz casi indistinta:

—Tengo miedo de comprenderle, señora! Acabe, acabe pronto, se lo ruego!

—Ya debe usted adivinar lo que voy a decirle. Genoveva, desde el momento que se casó, estaba resuelta a tener un hijo, costase lo que costase. Aprovechando una ausencia larga de usted, la miserable dejó París y buscó lo que le era indispensable: un heredero. Al fin encontró una pobre viuda triste, miserable y desesperada y abusó de esta miseria para hacerla consentir en un odioso trato. El ser que la pobre viuda llevaba en su seno sería de la condesa y, por consiguiente, de usted. Pero la viuda era buena madre y no consintió en separarse del fruto de sus entrañas. Y así, Magdalena Remy se convirtió en la nodriza de Odette y no se separó más de ella.

—Horrible mujer... horrible mujer!—murmuró el coronel casi inconscientemente.

—Es evidente—prosiguió Sofía—que aunque no le unen a Odette lazos de sangre, en cambio le liga a ella un cariño inmenso. Tanto más cuanto es una linda criatura llena de encantos y de dulces sentimientos. Esta hija de su corazón, coronel, no la estrechará usted contra su pecho cuando la encuentre, como si realmente fuera sangre de su sangre?

—Ciertos! Siempre será mi Odette... y su verdadera madre es una buena mujer que yo estimo. Ahora me explico el amor apasionado de Magdalena Remy para mi hija. También me explico la indiferencia, más bien dicho, la aversión que sentía Genoveva para Odette. Esta llegaba a tal punto, que muchas veces me preguntaba si la señora de Mericourt no era un monstruo. Tan imposible me parecía que una madre llegase a detestar a su hija! Hoy comprendo por qué Genoveva odiaba a Odette.

—Acertada estaba yo suponiendo que esta revelación no enfriaría en nada el cariño que profesa a Odette.

—Al contrario, señora, la prefiero hija de la dulce Magdalena Remy que de la pérfida y criminal Genoveva.

—Igualmente ha pensado el doctor Hautefort. Y ahora que sabemos bien quiénes somos, no nos resta más que encontrar a la niña y casarla con el hombre que adora. Me refiero al doctor Hautefort. Yo me encargo de encontrar a Odette. Y cuando la haya puesto en sus brazos, cuando Felipe reciba de mis manos a su prometida, yo me despediré de ustedes.

—¿Se irá?

—Sí, coronel, porque entonces mi obra habrá terminado. La princesa de Outsinoft desaparecerá. Volverá al Cáucaso, al lado de sus servidores.

La abuelita.

Después de comer y una vez en el jardín, sentóse la abuelita en su butaca de junco, entre los dos recién casados: su nieta Rosa y su sobrino Juan.

Dominada por las fatigas del día, inclino su blanca cabeza en el respaldo del sillón y se durmió.

Juan y Rosa pensaban en aquel momento:

—¿Estará ahí todavía el año que viene?

Primos hermanos, prometidos desde la infancia y en la flor de la edad, los recién casados habían ido a pasar la luna de miel al antiguo castillo de Orques, mansión de la abuelita, a la que, después de su muerte, habían de heredar.

El cielo se iba cubriendo de estrellas, agitábase el aire y las flores exhalaban grato perfume.

Juan intentó dar un beso en la nuca a su mujer y ésta le rechazó cariñosamente a causa de la abuelita.

—¡Si está durmiendo!—exclamó Juan.

—¡Abuela!—gritó entonces Rosa.—¡Abuelita!

Nadie contestó y ni se oía respirar siquiera a la anciana.

La feliz pareja tuvo miedo y Juan y Rosa se pusieron en pie como movidos por un misterioso resorte.

—Mamá—dijo la nieta—, hace mucho fresco en el jardín y debe usted abrigarse.

—Está usted muy cansada—murmuró Juan—y debe usted acostarse inmediatamente.

La anciana abrió los ojos y con voz débil exclamó:

—Sí, hijos míos, ma voy a mi cuarto, buenas noches.

Rosa se ofreció a acompañarla, pero la abuelita, con la abnegación de los viejos, que se creen tolerados por respeto más que por amor, contestó:

—No os mováis. Ursula me desnudará.

Y se alejó como una sombra que se desvanece en la distancia.

Juan y Rosa volvieron a sentarse en un banco de piedra y se asieron de las manos.

La abuelita recorrió palatinamente el jardín y, apenas hubo entrado en su dormitorio, notó con enojo senil que había olvidado su toquilla en la glorieta donde momentos antes se hallaba en compañía de sus nietos.

Con la avaricia propia de los viejos, la abuelita pensó desde luego ir en busca del objeto olvidado y cedió a su irreflexivo deseo, sin tener en cuenta que podía estorbar a los recién casados en su amoroso egoísmo.

Púsose nuevamente en marcha y sin hacer el menor ruido al pisar la menuda arena y el blando césped, llegó a la glorieta.

Una vez allí, la abuelita quiso ver a sus nietos y gozar del placer de contemplarles tan dichosos en aquel momento.

Y, avanzando el paso, introdujo la cabeza entre las hojas y trató de distinguir el color de sus trajes.

Rosa y Juan hablaban de la abuelita.

Esta aguzó el oído y se quedó dolorosamente sorprendida al reconocer que sus nietos se resignaban a verla decaer de día en día y próxima a la muerte y al convencerse de que aceptaban como cosa ineludible su inmediata desaparición del mundo de los vivos.

—Indudablemente—decía Juan—la abuelita va perdiendo el vigor de la inteligencia. ¿Has notado cómo repite por centésima vez la historia de personas a quienes no hemos conocido?

—Sí, la pobre se está poniendo muy pesada y su conversación es a veces insoportable—contestó Rosa.

—Hay mujer para muy poco tiempo.

—Cuando esta propiedad nos pertenezca—repuso la nieta—reconstruiremos el ala derecha del castillo y edificaremos un invernadero. Ya sabes que así me lo has prometido.

—Pero, hay que esperar a que la abuelita haya muerto.

—¡Por de contado!

—¡Ya verás cuán felices vamos a ser! Pero, ¿no tienes frío, Rosa?

—No.

—Sí, hija mía. Estás tiritando. ¡Abrígate con la toquilla de la abuelita! ¡Pobre señora!

Estas palabras cayeron como hielo en el corazón de la anciana. Nada la molestó tanto como que se hubieran apoderado de su toquilla. Consideró aquel acto como un robo y como si en vida la despojaban de las prendas que le pertenecían personalmente.

La anciana volvió a aguzar el oído y oyó lo siguiente:

—Pero ¿estás llorando, Rosa?—preguntó Juan a su mujer.

—¡Dios mío!—respondió ésta—. Me aterra la idea de la muerte.

—Piensas en tu abuelita, sin tener presente que hay que sucumbir a la ley de la Naturaleza. A su edad la vida es una pesada carga. Tú tienes te y has de considerar que más dichosa será en el cielo que en la tierra.

—¡También moriremos nosotros, Juan, y es horrible pensar en esto!

—¡No hablemos de la muerte, hija mía!

La pobre abuela se consideró como enterada en vida y llena de angustia se alejó apresuradamente, poseída de esa amargura en el corazón y en los labios que sienten los moribundos momentos antes de la terrible sacudida que pone término a la existencia.

PAUL MARGUERITE.

Servicio telegráfico y telefónico de nuestros corresponsales Madrid, provincias y extranjero.

El gran canonista.—El picador Loquillo.—De Cartagena!

Pontevedra, 8 (11'29 noche).

El señor Montero Ríos llevó el estandarte durante toda la procesión que salió de la Iglesia de San Francisco.

Murcia, 8 (11'52 noche).

El picador de reserva Loquillo ha sido cogido por el tercer toro.

Se dice que ha muerto.

Durante la lidia del quinto toro Nachaquito, Gallito y Luis Freg hicieron una colecta, reuniendo mil pesetas y un collar de perlas que arrojó una señorita.

Cartagena, 8 (11'37 noche).

Los buques de la escuadra inglesa dan gran animación a la ciudad.

Compran los marineros aquí grandes cantidades de fruta y carnes.

Muchos marineros presenciaron la corrida de toros.

Durante tres días será libre la visita del público a los barcos.

Hoy se celebrará un banquete a bordo del acorazado *Inflexible*, siendo invitadas las autoridades.

Mañana, en el palacio de la Comandancia, se celebrará otro banquete en honor del almirante y jefes de la escuadra inglesa.

Es probable que salga el miércoles la escuadra con rumbo a Valencia.

Procedente de Cádiz, ha fondeado para limpiar fondos el crucero *Catalana*, que cambió los saludos con la escuadra inglesa.

También ha venido con igual objeto, procedente de Valencia, el cañonero *Marqués de la Victoria*.

Los mineros.—No hay indulto.

Madrid, 9 (1'25).

Los delegados mineros han visitado al señor Alba entregándole las conclusiones acordadas en el Congreso. El señor Alba les ha dicho que el Gobierno las estudiará con todo interés. Respecto a las denuncias e infracciones de la ley del trabajo en la sierra de Cartagena pidiéndoles datos inmediatamente que procurará evitarse. Han marchado los delegados mineros.

El señor Alba ha contestado al telegrama dirigido al Gobierno pidiendo el indulto de los reos de Gador y Gerona, sintiendo no poder aconsejarlo.

Amenaza de huelga.

En el manifiesto que los obreros mineros dirigen a la opinión dicen que las peticiones de las bases aprobadas son insignificantes. Si los patronos se muestran intransigentes declararán la huelga todas las regiones creando un conflicto nacional que obligue al Gobierno a ponerse al lado de los obreros. El momento de la batalla lo señalará su entusiasmo y se dedicarán a la propaganda de exteriorizar su pensamiento en un Congreso.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Explosión de un cañón.—La muerte del cardenal Vives Tudó.

Reval, 8 (10).

Durante los ejercicios de tiro en el torpedero *Prytiki* hizo explosión un cañón, causando dos muertos y tres heridos graves.

Monteporzio, 8 (10).

El cardenal Vives Tudó murió ayer tarde en el palacio Granmancelli rodeado de personas de su familia. Será enterrado en Roma, según disposición de la Santa Sede.

Viaje de Poincaré.

Paris, 8 (11'50).

Comunican de Limoges que Poincaré llegó después de medio día, siendo recibido por las autoridades, excepto los concejales socialistas, que se abstuvieron.

La muchedumbre aclamó al presidente.

Piruetas y cuchilladas.

Beziers, 8 (21'10).

Un español sin oficio llamado Bonifacio Marcelino, de 25 años, entró en un baile queriendo tomar parte en él.

El que tenía a su cuidado la vigilancia del baile quiso impedir a Bonifacio la realización de su deseo y éste, empuñando un cuchillo, quiso hacer valer su derecho, hiriendo a dos personas, a una de ellas gravemente. El asesino huyó.

Soluciones.—Los nitratos.

Constantinopla, 9 (0'50).

En la primera conferencia turco-bulgara se ha iniciado buscar las soluciones rápidas. Parece que los resultados serán honrosos para ambos países.

Por la Independencia.—Homenaje a Poincaré.

Constantinopla, 9 (0'28).

Los musulmanes de Gumoldina y sus alrededores han proclamado su independencia, instaurando un Gobierno provisional, dispuesto a luchar contra la dominación búlgara.

Limoges, 9 (1'25).

El pueblo ha acogido la llegada de Poincaré con entusiasmo.

El presidente ha recibido en la prefectura a las autoridades y notabilidades de la población, mientras que el público, en cantidad enorme, le aclamaban desde la plaza. La animación ha sido considerable.

Santiago de Chile, 9 (15).

De Enero a Agosto la consumación mundial de nitratos ha sido 43.846,960 quintales solo en España. El aumento es de 200,000 quintales en relación a 1912.

El tratado comercial hispano-lusitano.

Lisboa, 9 (1'25).

El presidente del Consejo, el ministro de Negocios extranjeros y el jefe del despacho de asuntos comerciales conferenciaron ayer largamente sobre el tratado de comercio con España.

Durante la recepción del Cuerpo diplomático tuvo lugar una nueva conferencia entre el ministro de Negocios extranjeros y el embajador de España.

El Consejo de ministros se reunirá el miércoles para ocuparse especialmente de este asunto.

Un aterrisaje desgraciado.

Liegnitz, 9 (2'55 madrugada).

Zeppelin hizo un tan brusco aterrisaje que muchas piezas del armazón se rompieron y parte de la pared lateral está estropeada. El hombre que le acompañaba está fuertemente contusionado. Créase, sin embargo, que mañana estará nuevamente en condiciones de marchar.

Zeppelin llora.

Nombramiento:

Berlín, 9 (5'40).

El contralmirante Souhon ha sido nombrado jefe de la división del Mediterráneo en sustitución del contralmirante Krummler, que ha sido destinado a la Inspección de la artillería de las costas y minas marítimas.

Incendio.

Nueva York, 9 (6'18).

Debido a un violento incendio ocurrido en un edificio situado en el parque central, en un departamento se halla carbonizado Hipólito Juarque, de 31 años, antiguo cónsul general de España en Nueva York, y su esposa, la cual intentó saltar por una ventana y matóse al caer al suelo.

Patriotismo.

Roma, 9 (9 m.).

Ayer tarde hubo una gran manifestación y tumulto en la plaza de Colonna durante un concierto que allí celebraba la banda municipal: ovéronse vivas a Italia y a Garibaldi inspirados por los recientes sucesos ocurridos en Trieste. Un grupo de estudiantes recorrió gritando, las calles con una bandera. La policía intervino dando algunas cargas. El público aplaudía frenéticamente cuando la música tocaba aires patrióticos.

ULTIMOS PARTES**Congreso obrero.**

Madrid, 9 (10 m.).

En la Casa del Pueblo ha tenido lugar la segunda sesión del Congreso. Las mesas constituíanlas los mismos de la reunión de ayer tarde. Púsose a discusión la proposición incidental pendiente.

Salinas, Perezagua y otros delegados intervienen en el debate, que duró hora y media. Los asturianos se ofrecen a que se apruebe la proposición incidental tal como está redactada. Presentáronse enmiendas favorables al salario mínimo y que antes de declarar la huelga se celebre otro Congreso para acordarla. Llana dirige ataques al Comité y Perezagua lo ha defendido, aprobándose la proposición incidental.

Anarquista detenido.—Detenidos.

La Tribuna dice que ha sido detenido un anarquista extranjero que se supone complicado con el asesinato del señor Canalejas.

En la estación de Atocha, y momentos antes de tomar el tren de Andalucía, fueron detenidos Juan Salvador Mateo y Francisco Martínez García, los que eran portadores de 116 cartuchos de dinamita y dos cajas de detonadores. Los detenidos llegaron a Madrid ayer mañana y procedían de Morés (Aragoza). Ambos dijeron ser trabajadores de las minas de Suria, de donde habían extraído los explosivos y que trabajaban por contrata.

Anoche se disponían a marchar con dirección a Almería.

Los cartuchos intervenidos y los dos mineros ingresaron en la Dirección General de seguridad, desde donde fueron trasladados al juzgado de guardia. Según parece, los cartuchos fueron devueltos a la Dirección; pero la orden del juez no debió sentar bien a los representantes de la autoridad, por cuanto a altas horas de la noche al comisario general, señor Martínez del Campo, estuvo en la Casa de Canónigos conferenciando con el juez.

Hundimiento de un puente.

Santander, 9 (10'20).

De Reinosa comunican la noticia de una desgracia ocurrida en el valle de Revibre. Los obreros que trabajaban en un puente de 20 metros llamado Cuatro Ojos, que atraviesa el Ebro, reanudaron el trabajo de medio día después del almuerzo. De repente oyóse un espantoso crujido de maderas y se hundió el arco central. Poco después se oyeron entre los escombros ayes lastimeros. Los demás acudieron en socorro de los desgraciados. De entre las ruinas fueron extraídos siete hombres heridos graves. Algunos de ellos fallecieron poco después.